

ROBERTO PARRA



serie "ARTISTAS CHILENOS", biografías de nuestra identidad cultural

ENTREVISTA INSTANTANEA AL TIO

Nos encontramos con el tío Roberto en el tren Instantáneo (o si se quiere, tren de la Muerte). Tuve que sobornar al boletero, porque vivo no me dejaba subir. Si no hago esta entrevista me van a matar, le dije. Vuelva entonces, me respondió. Pero el tío Roberto viaja en ese tren, supliqué desesperado deslizando un soplo de vida en su bolsillo. Me dejó pasar; pero me advirtió que tenía que bajarme antes del último límite, de lo contrario jamás podría volver con mi entrevista. Subí a la carrera cuando el tren ya partía. En el andén el boletero acariciaba disimuladamente los minutos de vida que le había regalado. Hallar al tío Roberto no fue difícil. Estaba divirtiéndose con su canto a los viajeros, brindando con las chiquillas y sacando música alegre de una guitarra triste.

E: *Tío Roberto, tío Roberto, vengo de Chile con un par de preguntas tontas.*

R.P.: No me vaya a preguntar si me gusta el té o el café, si me gustan las mujeres altas o bajas...

E.: *No. Quisiera saber, por ejemplo, qué recuerda de su familia ahora que va viajando en este tren.*

R.P.: Ah, mi mamá, Doña Clarisa Sandoval. Ella es la mamita de los Parra. Ella nació por esos lados de Chillán, en un fundito que se llamaba Malloa, al lado de Curicó, al lado de la Vega de los Reyes. Mi papá, chillanejo neto, profesor primario. Mi mamá, una cantora campesina. Nosotros éramos 10 hermanos: Nicanor, Eduardo, que trabajó en circo, luego estoy yo, después viene Lautaro y el toni Canarito. Las hermanas eran la Marta, que murió hace poco, Olga, que está viva, y la Hilda, la Violeta y la Elva, todas ellas ya viajaron en este tren.

E.: *¿Era una familia de artistas?*

R.P.: Mi papá, músico, pero no leía música, igual que yo. Mi mamá tocaba la guitarra. Mi abuelo José tocaba lindo. Mi tía Isaura tocaba arpa, mi tío el violín. Por todas partes, tanto por madre y padre, venía esto; esto viene de atrás, venía de los padres de mis padres...

E.: *¿Algún recuerdo en particular?*

R.P.: Cuando la Violeta tenía 11 años, de una frazada de cotelé que teníamos para abrigarnos, me hizo un termo con pantalón, paletó y chaleco. Le quedó muy lindo. Y era la frazada que usábamos para taparnos porque andábamos en un circo. Yo tenía 9 años.

El tren se detiene por primera vez. Suben algunos pasajeros. Aprovecho de invitar al tío Roberto con un buen vino a conversar en último vagón, por si acaso tuviera que saltar para salvarme de una muerte prematura. Necesitaba volver con la entrevista. Necesitaba el dinero. El vagón va casi vacío.

ROBERTO PARRA

por Carlos Winckler



E.: *Saltándonos un poco en el tiempo, cuéntenos ¿cómo conoció a la Negra Ester?*

R.P.: Un día voy pasando con mi guitarra y el Río de Janeiro tiene las cortinas hasta la mitad. Yo dije, ¿qué pasará aquí? Cuando de repente asomo la cabeza... Roberto, me dice la Marina, ven, fíjate que se fueron todos los músicos y quedó una clientela que anda con mucha plata, no hallo qué hacer; están tomando con las mujeres, ¿por qué no entrai un poquitito a divertirlos?, te van a pagar bien. Entré y toqué. Les gustó a los güeones. Bailaron, se curaron, todos con sus minas. Ahí estaba mi Negra Ester, a este ladito, y yo le había alcanzado a tomar la mano. Me dijo que no le gustaban los músicos de ninguna parte, pero que yo le parecía distinto. Me dijo que cante la última y yo voy y canto "Escoria humana".

*"De qué te sirve tu elegancia y tu hermosura,
si has nacido destinada a ser basura.
Escoria humana de mujer perdida,
que has nacido con el alma envilecida".*

Concha e' tu madre, me dijo, después que hai comió y tomáo, te han pagáo bien, venís a ofender a las mujeres, te mandaste a cambiar no más. Y tuve que salir corriendo de ahí. Otro día voy donde la Marina a conversar con esta cabra, como a las 8 y media de la mañana; voy a tocar la puerta cuando veo una negra despampanante, con el pelo brillante y bien emparafinada, dando vuelta la esquinita. Ah, la Negra Ester. Quizás de a'ónde vendría la negra. Me mira así, me toma la mano y me dice, vamos a acostarnos, maestro. Ya poh, le digo yo. Pasó toda la cuestión cuando, como a las tres de la tarde, le pegó una reconocía al lugar, se asustó y dijo, con quién mierda estoy acostada aquí..., con este chucha e' su madre de la "Escoria humana", levántate güeón, cagando pa' fuera, y ¿quién pagó la noche? Qué noche, le dije yo, si usted me convidó hace poco a dormir aquí. Ya me diste las peras guachas, me dijo, ahí encima hay una máquina de afeitar que se le quedó a un cliente, afeítese, báñese y se viene a acostar otra vez. Así fue la verdadera cosa. El odio es cariño y no me cabe duda, porque sé que te odio, te quiero y te adoro y padezco por ti.

E.: *¿La conoció en un prostíbulo?*

R.P.: Estuve toda mi vida en el ambiente. Cuando uno está metido en esto no habla de prostíbulos, habla del ambiente no más. Viví marginado, metido en casas de putas. Mis mejores amigos fueron las putitas, maricones, campanilleras, toda esa gente. Yo era músico, la Negra Ester era una bailarina, "la tía" le decían a un colita que me ayudaba a cantar las cuecas con el panderero.

E.: *¿Pero usted se enamoró de la Negra Ester?*

R.P.: Después de 12 años la vine a ver yo a la Negra Ester. Entonces me preguntaron si yo

estaba enamorado de ella. A los 12 años vine a saber que sí, porque recuerdo que veía esa escalera como mármol, tenía un pasamanos oxidado con el aire salino y yo lo veía como plateado y no era tal cosa. Yo estaba enamorado de la Negra Ester porque lo veía todo tan lindo. Pero cuando me tocó irme a Santiago, ella estaba con otro. Parece que el mundo se me vino abajo. Entonces vine a saber que estaba enamorado de la Negra Ester; y vi que el cabaret no era lujoso, la escalera no era de mármol ni de plata, como yo la veía. Vi todo tal como era y yo me encontré sin el cariño de la Negra Ester. Me fui a Santiago, no la vi nunca más. Volví como a los 20 años a buscarla, y nada. Después regresé aquí mismo con la obra "La Negra Ester". He recorrido Europa. La hice inmortal. Mas ahora no sé si en realidad se llamaba Ester o no. A lo mejor ella creería que yo tampoco me llamaba Roberto Parra. Así es la cosa.

E.: *¿Era muy dura la vida en el ambiente?*

R.P.: Muy dura, pero uno se acostumbra a todo. A las 5 de la mañana salía emparafinado, pero qué me iba a ir a acostar. Si quedaba con la geta caliente. Nos íbamos a unas picadas, a la Toya grande y a la Toya chica. Ahí era fácil comer a esa hora de la mañana, aunque era de lo último. Había unos huecos en las murallas donde encontrábamos pan, mortadela, tomate, ají verde. Cuando andaba pato me sentaba y buscaba en los huecos, y si tenía algo de plata pedía comida y después dejaba un poco en esos mismos huecos para los que venían después, hambrientos. Yo sé lo que es un escapero, sé lo que es un monrero, un cogotero, sé lo que es un choro, sé lo que es un patín, un patín de primera, de segunda y de tercera, las conozco. Patín de primera, por ejemplo, es esa que sale en la noche no más, tipo 9 en adelante, en la Plaza de Armas, por esos lados. Patín de segunda, Estación Mapocho, Estación Central. Patín de tercera, salen a las 5 de la mañana, cuando llegan todos los veguinos en los camiones, pero ya no es el patín de antes, ya este patincito que sale ahora es pa' la pura chupeta no más, mujeres de 45, 60, 70 años que se curan con dos tragos y se quedan dormidas en las mesas.

E.: *¿Su familia nunca le dijo nada?*

R.P.: Nicanor hizo lo posible por educarme, pero no me la pude, era muy loco. Estaba a veces conversando y decía, pa' ónde, pa'l sur, pa'l norte, tiraba una chaucha, si era cara al norte, si era sello al sur. Así hubiera estado en camisa o a pata pelá llegaba un tren de carga y me iba no más. Loco total. Y sin ropa pa' cambiarme ni nada, así no más, y sin instrumento, sin saber qué pasaría. Creo que viví loco y morí cuerdo, como don Quijote, estoy seguro. Después de tanta cagá que hice me voy a convertir en santo. A uno tienen que pasarle las cosas para poder saber: Hasta mirar con odio a la gente es malo, levantarle calumnia, levantar la mujer de otro... Yo estaba acostumbradito al güevo porque yo era re peineta cuando joven. A veces llegaba a la casa de Nicanor a pata pelá y todo pililiento. Él me hacía pasar directo al baño y ahí tenía ducha, máquina de afeitarse, terno, camisa, zapatos, corbata, comida y de un cuanto hay. Quedaba como un caballero. Cuando llegaba la hora de irse me daba un poco de plata y lo único que me decía era "Vuelve pronto". Por eso yo le decía "hermano-padre".

Empinamos nuestros vasos. Solícitamente llené las copas de nuevo. Un movimiento brusco del tren me hizo derramar un poco de vino sobre la mano del tío Roberto. Se chupó los dedos y continuó hablando sin mediar pregunta.

R.P.: Una vez yo andaba con el Pancho Villa en Concepción y llegó una cabrona a contratar dos guitarristas. Nos contrató a los dos, y a dos putitas que yo no conocía. Entonces, en el viaje de Concepción a Curanilahue, nos juntamos con estas dos muchachas, ¡puta qué mujeres más lindas! Íbamos en tren comiendo charqui y tomando una caja de vino. Ellas iban al frente y le preguntamos, y ustedes, ¿pa' ónde van? Pa' Curanilahue, nos dijeron, vamos al hospital que se inaugura la próxima semana, somos practicantes, ¿y ustedes? Somos músicos, dijimos, vamos a Curanilahue a tocar guitarra. Llegamos a Curanilahue y la señora Amalia dijo, llegaron los maestros, llévenlos a conocer estos lugares, el Lunes empiezan a trabajar. Salimos al cabaret, al salón ahí, y las dos practicantes estaban sentadas esperando a los clientes. Las cabras eran dos putitas y nosotros no sabíamos que nos habían metido en manso conchito. Después yo estuve viviendo con ellas y de ahí nos fuimos a Cañete y de Cañete a Lebu y ahí, en ese cabaret, encontré al Negro Alfaro, un negrito chico y gordo que tocaba muy lindo el violín y la guitarra. Entonces se entusiasmó. Yo era jovencito, y me dijo, ¿por qué no tocamos un poco de jazz? Yo lo había escuchado, pero no sabía lo que era. Dije ya. Así fue como empecé con el jazz. Se lo debo al Negro Alfaro.

E.: *Tanta aventura debe haber tenido muchos peligros...*

R.P.: Me pegué todas las plagas habidas y por haber, y en ese tiempo no había remedio para ninguna. Se decía que había que tomar agüita de cemento o cuestiones así, y yo me tomaba cuanta porquería se decía. Por eso es que estuve tan enfermo, sufría y sufría. Ahí fue cuando le hablé a Dios, le dije que yo ya no me la podía más. La pagué cara por no dejar güevá que se moviera sin haberle tirado el cacho.

E.: *¿Se hizo católico?*

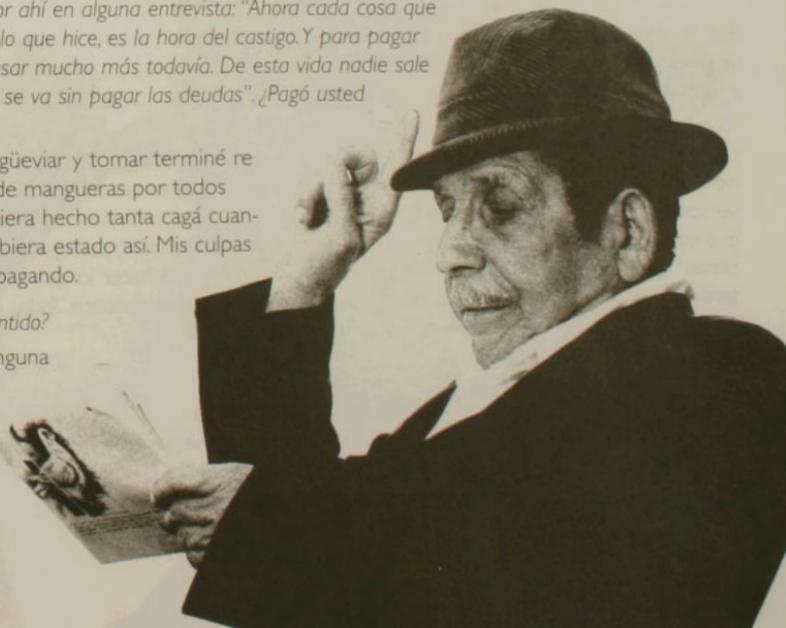
R.P.: No, ni católico, ni evangélico, ni nada. Yo hablaba directamente con Él, con el interlocutor mayor.

E.: *Usted dijo por ahí en alguna entrevista: "Ahora cada cosa que me pasa es por lo que hice, es la hora del castigo. Y para pagar me tiene que pasar mucho más todavía. De esta vida nadie sale con vida y nadie se va sin pagar las deudas". ¿Pagó usted sus deudas?*

R.P.: De tanto güeviar y tomar terminé re enfermo, lleno de mangueras por todos lados. Si no hubiera hecho tanta cagá cuando joven, no hubiera estado así. Mis culpas no más estaba pagando.

E.: *¿Está arrepentido?*

R.P.: No, de ninguna manera. Lo único que sé es que hay que



descubrir el remedio pa'l sida. Según yo, por ejemplo, el remedio pa'l sida es no desear la mujer de tu prójimo, zapatear en la payasa de uno, no en la payasa del vecino, y se acaba el sida. Claro que es harto difícil la cuestión esa.

El tren se detiene nuevamente. Aquí se suben los muertos que nadie quiso. Algunos de ellos, con sus caras tristes, se sientan en nuestro vagón. El tío Roberto los mira y los saluda con cariño. Alza su copa y hace un brindis:

"Brindo, dijo un pensamiento, / por la Violeta y la Parra. / Brindemos por la guitarra / gritaron los cuatro vientos. / Dijo Cristo en el desierto / voy a brindar sin demora / por la Violeta cantora / que me alegra con su canto, / gloria al Padre, gloria al Hijo / y al Espíritu Santo."

E.: ¿Por qué contó sus historias en décimas?

R.P.: De envidioso no más. A Nicanor le gustaba mucho Hernández, el que escribió "Martín Fierro". Yo lo leí también -¡qué maravilla!- y no sé por qué quedé con la idea de que yo también lo podía hacer. Primero empecé con las cuartetos, después me fui a los seis versos y terminé tirándome a la décima. Nicanor dijo: "Salió otro poeta en la familia". Pero lo malo es que yo hacía un verso y luego salía con otra cosa. Nicanor me decía: "No te salgas del tema". Qué será el tema, me preguntaba yo, y no me atrevía a pedirle ayuda. Hasta que don Nica me mostró cómo se seguían los temas en "Martín Fierro" y recién ahí las vine a parar. Así aprendí a escribir las décimas, pero mi ignorancia siguió igual.

E.: ¿Pensó usted que iba a tener tanto éxito con la Negra Ester?

R.P.: El amorío con la Negra Ester me salió de chiripazo y la obra también. Gracias a la Catalina, que cuando me fui a Venezuela guardó todos los papeles, los manuscritos. Ella, la Catalina Rojas, me guardó papel por papel, y si no, nunca habría existido la Negra Ester. Nada que uno escriba se puede decir de antes "esto va a ser una maravilla". Yo escribía algo no más, pero no sabía qué resultado iba a dar. Eso sí que hay que tener un cuidado tremendo en los versos, porque se debe jugar con las cinco vocales. No puedo terminar todas las rimas en "a", eso es malo. Cuesta eso sí. Hay rimas que son difíciles. "Jesucristo", por ejemplo, tiene pocas rimas. "Luz" también tiene pocas. En todo caso, a mí me gustó hacer lo que hice y lo hice con tanto cariño, me nació así. Hablo de lo que he visto, de lo que conozco. Todas estas cosas que yo escribí, todo salió de mi vida real, fueron partes de mi vida.

E.: Una vida muy intensa...

R.P.: Yo me di la vida a mi manera, por ejemplo pasé toda la vida tocando en el ambiente. De ahí salieron todas mis cuecas choras, salió el jazz, salió la Negra Ester. Yo me pasé de pueblo en pueblo, y en cada pueblo una aventura. No dejé ni un pueblo que estuve que no haya caído

curao. He sido el hombre más atorrante de la tierra, he sido el pituco más pituco, he tenido la mujer más linda, la más joven y he tenido la más vieja, la más fea, la más loca. Ultimamente estuve en banquetes en el Hotel Carrera y antes había comido en la calle pescado podrido. En mi vida yo he tasado lo bueno y lo malo, y estoy feliz.

Una luz roja que veo pasar en la ventanilla, la campanilla desesperada del tren y un intenso olor que jamás había sentido, me hacen recordar que el último límite puede estar cerca. Le doy las gracias al tío Roberto. Lo abrazo con fuerza, lo miro y no puedo evitar la lágrima que me acosa en la despedida. Que le vaya bien, le digo. Chao "cauro", me dice, gusto de conocerlo. El tren disminuye la velocidad. Aprovecho de saltar sin alcanzarle a decir que el gusto es todo mío, que jamás lo olvidaré. Veo como el tren se aleja y desaparece. Emprendo el retorno comprobando si la voz del tío Roberto quedó grabada en la cinta, aunque sé que igual sus palabras quedaron grabadas en mi alma.

